

JOSÉ EUSEBIO CARO

(VÉASE LA PÁGINA 21 DEL TOMO I)

EL SERAFÍN Y LA MUJER

Era tu amante. Desdeñado, triste,
Y el triunfo viendo de un feliz rival,
La esperanza perdí de hacerte mía
Y de obtener tu corazón jamás;

Y arrancar no pudiendo de mi pecho
Ni tu memoria ni mi amor fatal,
Siéndome odiosa ya sin ti la vida
Y un infierno sin ti la eternidad ;

Volví mi corazón y alcé mis ojos
Con lágrimas al Padre universal,
Y le pedí que me tornase en nada
Ó se dignase verme con piedad.

Y él me escuchó; la voz oyó de su hijo;
Tornó mi corazón á palpitar,
Y una esperanza angélica, divina,
Bajó del cielo y sosegó mi afán.

¡ Ay ! la hermosa mujer que tanto amaba
De improviso ante mí desapareció,
Y en su lugar brillante alzóse un ángel,
Un ángel, sí, brillante más que el sol.

Cayó la carne: el alma presentóse;
Yo comprendí la gran bondad de Dios,
Yo comprendí que todo aquí no acaba,
Que hay otro mundo de inmortal amor.

Y ya inspirado con tan grande idea
Pulsé mi lira y levanté mi voz,
Y te cité para el postrero día
Para el reino infinito del Señor.

Y aunque lloraba, dulce me era el llanto,
Que iba mezclado con mi triste adiós
Un dulce sentimiento de esperanza,
Que aliviaba el pesar del corazón.

Hoy, Delina, yo te amo todavía;
Te amo, Delina, cual jamás te amé:
¡ Te amo, te adoro, todo yo soy tuyo,
Cuanto ya he sido, cuanto habré de ser!

Y ¡ oh dicha inmensa, inapreciable gloria!
Soy amado de ti, tengo tu fe;
No hay ya desaires que afligirme puedan,
Ni rival á quien deba aborrecer.

Ahora yo, pues, debiera ser dichoso....
Mas, ¡ ay infortunado ! ¿ lo diré ?
No soy feliz; tu amor, que es mi tesoro,
Es quien me roba mi quietud también.

No hay ya ilusión: el ángel ha volado,
Y en su lugar ha vuelto la mujer:
¡ Hermosa, seductora, irresistible,
Que me tiene en cadenas á sus pies!

¡ Ah! vivir pude y esperar tranquilo
Cuando en ti contemplaba el serafín;
Mas hoy que adoro en ti mi dulce amante,
¡ No puedo ya, no puedo en paz vivir!

Tus miradas de fuego me anonadan,
Me hacen temblar tus labios de carmín;
La imagen de tus gracias virginales
Dondequiera me viene á perseguir.

¿ Será la dicha, pues, un don funesto,
Y tu amor un castigo para mí?
¿ Será infalible, pues, que acá en la tierra
No podré mientras viva, ser feliz?

¡ Ah! ni hay ya para mí más que dos muertes:
Ó expirar de dolor lejos de ti,
Ó en tu seno adorado y palpitante
De dicha inmensa y sin igual morir.





EL CIPRÉS

¡Árbol sagrado que la obscura frente
Inmóvil, majestuoso,
Sobre el sepulcro humilde y silencioso
Despliegas hacia el cielo tristemente !
Tú, sí, tú solamente
Al tiempo en que se duerme el rey del mundo
Tras las altas montañas de occidente,
Me ves triste vagando
Entre las negras tumbas,
Con los ojos en llanto humedecidos
Mi orfandad y miseria lamentando.
Y cuando ya de la apacible luna
La luz de perla en tu verdor se acoge,
Sólo tu tronco escucha mis gemidos,
Sólo tu pie mis lágrimas recoge.

¡Ay! hubo un tiempo en que feliz y ufano
Al seno paternal me abandonaba;
En que con blanda mano
Una madre amorosa
De mi niñez las lágrimas secaba....
¡Y hoy, huérfano, del mundo desechado,
Aquí en mi patria misma

Solitario viajero,
Desde lejos contemplo acongojado
Sobre los techos de mi hogar primero
El humo blanquear del extranjero !
Entre el bullicio de los pueblos busco
Mis tiernos padres para mí perdidos;
¡ Vanamente !... los rostros de los hombres
Me son desconocidos.
Y sus manes, empero, noche y día
Presentes á mis ojos afligidos
Contino están, contino sus acentos
Vienen á resonar en mis oídos.

¡ Sí, funeral ciprés ! cuando la noche
Con su callada sombra te rodea,
Cuando escondido el solitario buho
En tus oscuros ramos aletea ;
La sombra de mi padre por tus hojas
Vagando me parece,
Que á velar por los días de su hijo
Del reino de los muertos se aparece.
Y si el viento sacude impetuoso
Tu elevada cabeza,
Y á su furor con susurrar medroso
Respondes pavoroso ;
En los tristes silbidos
Que en torno de ti giran,
Á los paternos manes
Escucho que dulcísimos suspiran.

¡ Árbol augusto de la muerte, nunca
Tus verdores abata el bóreas ronco !

¡ Nunca enemiga, venenosa sierpe,
 Se enrosque en torno de tu pardo tronco!
 ¡ Jamás el rayo ardiente
 Abrase tu alta frente!
 ¡ Siempre inmoble y sereno
 Por las cóncavas nubes
 Oigas rodar el impotente trueno!
 Vive, sí, vive; y cuando ya mis ojos
 Cerrar el dedo de la muerte quiera,
 Cuando esconderse mire en occidente
 Al sol por vez postrera,
 Moriré sosegado
 Á tu tronco abrazado.
 Tú mi sepulcro ampararás piadoso
 De las roncadas tormentas;
 Y mi ceniza entonces agradecida,
 En restaurantes jugos convertida,
 Por tus delgadas venas penetrando
 Te hará reverdecir, te dará vida.

Quizá sabiendo el infeliz destino
 Que oprimió mi existencia desdichada,
 Sobre mi pobre tumba abandonada
 Una lágrima vierta el peregrino.



DESPEDIDA DE LA PATRIA

.... terraeque urbesque recedunt.
 VIRGILIO, *Eneida*.

My native land, good night
 BYRON, *Child Harold*.

Lejos ¡ ay! del sacro techo
 Que mecer mi cuna vió,
 Yo, infeliz proscrito, arrastro
 Mi miseria y mi dolor.
 Reclinado en la alta popa
 Del bajel que huye veloz,
 Nuestros montes irse miro
 Alumbrados por el sol.
 ¡ Adiós, patria! ¡ Patria mía,
 Aun no puedo odiarte; adiós!

Á tu manto, cual un niño,
 Me agarraba en mi aflicción;
 Mas colérica tu mano
 De mis manos lo arrancó:
 Y en tu saña desoyendo
 Mi sollozo y mi clamor,
 Más allá del mar tu brazo
 De gigante me lanzó.
 ¡ Adiós, patria! ¡ Patria mía,
 Aun no puedo odiarte; adiós!

De hoy ya más, vagando triste
 Por antípoda región,
 Con mi llanto al pasajero
 Pediré el pan del dolor :
 De una en otra puerta el golpe
 Sonará de mi bastón,
 ¡ Ay, en balde ! ¿ en tierra extraña
 Quién conocerá mi voz ?
 ¡ Adiós, patria ! ¡ Patria mía,
 Aun no puedo odiarte ; adiós !

¡ Ah, de ti sólo una tumba
 Demandaba humilde yo !
 Cada tarde la excavaba
 Al postrer rayo del sol.
 “ ¡ Ve á pedirla al extranjero ! ”
 Fué tu réplica feroz ;
 Y llenándola de piedras
 Tu planta la destruyó.
 ¡ Adiós, patria ! ¡ Patria mía,
 Aun no puedo odiarte ; adiós !

En un vaso un tierno ramo
 Llevo de un naranjo en flor :
 ¡ El perfume de la patria
 Aun aspiro en su botón !
 Él mi huesa con su sombra
 Cubrirá ; y entonces yo
 Dormiré mi último sueño
 De sus hojas al rumor.
 ¡ Adiós, patria ! ¡ Patria mía,
 Aun no puedo odiarte ; adiós !



LA HAMACA DEL DESTIERRO

¡ Vuela, vuela, hamaca mía ;
 Y al ruido de tus alas,
 Adormece al desterrado
 Que suspira por su patria !
 Pronta vuela ; y cuando el sueño
 Llene rápido la estancia
 Y en los aires revolando
 Nos remeza con su planta,
 Que á mis labios baje, dile,
 Y aspirar me dé la blanca
 Amapola del olvido,
 En aromas empapada.
 Que del alma echar ya quiero
 Las memorias despiadadas
 De los sitios que sonaron
 Con los pasos de mi infancia ;
 De la madre cariñosa
 Que al bajar la noche parda,
 Con dos besos mis dos ojos,
 Bendiciéndome, cerraba ;
 Del nogal que levantando
 Su verdor sobre mi casa,
 En los juegos de la siesta
 Grata sombra me prestaba.

Suspendida de sus ramos,
 De azucenas coronada,
 Fresca y leve te mecía
 Al impulso de las auras.
 Mas ¡ay Dios! partiendo el rayo
 De entre lóbrega borrasca,
 Abrasó el querido tronco,
 Destrozó sus bellas ramas.
 Y tú, hija de los aires,
 Hoy pendiente á mis espaldas,
 Fugitiva vas conmigo
 Sin parar de playa en playa.
 Sí: conmigo del desierto
 Los torrentes roncós pasas,
 Y en las calles silenciosas
 De los bosques me acompañas.
 Sin dejarme, de los hombres
 Atraviesas las moradas,
 Y conmigo de los mares
 Ves las ondas solitarias.
 Y después que en occidente
 Hunde el sol su inmensa llama,
 Y los últimos fulgores
 Del crepúsculo se apagan,
 Con su triste luz la luna
 Nos alumbra: — tú colgada
 De algún árbol extranjero;
 Yo soñando con la patria.
 ¡Vuela, vuela, hamaca mía:
 Y al ruido de tus alas,
 Adormece al desterrado
 Que ha perdido cuanto amaba!



EL HACHA DEL PROSCRITO

Dieu ! qu'un exilé doit souffrir.
 BÉRANGER.

¡Fina brillas, hacha mía,
 Ancha, espléndida, cortante,
 Que abrirás la frente al toro
 Que probar tu filo osare!
 En los bosques para siempre
 Voy contigo á sepultarme,
 Que los hombres ya me niegan
 Una tumba en sus ciudades.
 En mi patria me expulsaron
 De la casa de mis padres;
 ¡Y hoy también el extranjero
 Me ha cerrado sus hogares!
 ¡Vamos, pues, que ya estoy listo!....
 ¡Oh! salgamos de estas calles
 Do el dolor del desterrado
 Nadie entiende ni comparte:
 ¡Ay! tú me entretenías
 En mi niñez:
 ¡Ven, sígueme en los días
 De mi vejez!

Yo, durante nuestra fuga,
 Tengo al hombro de llevarte,
 Y un bordón en ti y apoyo
 Hallaré cuando me canse.
 De través sobre el torrente
 Que mi planta en vano ataje,
 Tú echarás del borde el árbol
 Por el cual descalzo pase.
 Si del norte al viento frío
 Mis quijadas tiritaren,
 Tú derribarás los ramos
 Y herirás los pedernales.
 Tú prepararás mi lumbre,
 Tú prepararás mi carne,
 La caverna á que me acoja
 ¡ Y hasta el lecho en que descanse !
 ¡ Ay ! tú me entretenías
 En mi niñez :
 ¡ Ayúdame en los días
 De mi vejez !

Á mi alcance y á mi diestra
 Muda, inmóvil, formidable,
 Me harás guardia, cuando el sueño
 En mis párpados pesare.
 Si del tigre el sordo paso,
 Si el clamor de los salvajes,
 Acercándose en la noche,
 Del peligro me avisaren,
 En mi mano apercebida
 Te alzarás para el combate ;

Y del triunfo ó la derrota
 Siempre llevarás tu parte.
 ¡ Ay ! la luz del nuevo día
 Nos verá en otros lugares ;
 Débil yo, cansado y triste,
 Roja tú con fresca sangre.
 ¡ Ay ! tú me entretenías
 En mi niñez :
 ¡ Defiéndeme en los días
 De mi vejez !

De camino veré á veces
 Las lejanas capitales
 Relumbrar al tibio rayo
 De los soles de la tarde.
 Y esos rayos vespertinos
 Jugarán al reflejarse,
 Cual relámpagos de oro,
 En tu hierro centellante.
 Ó, del mar á la alta orilla,
 Los pies sueltos en el aire
 Cantaré yo al sol y al viento
 De la patria los romances,
 Y á la roca tú de lomo
 Sin cesar dando en la base,
 El compás irás notando
 Con tus golpes resonantes.
 ¡ Ay ! tú me entretenías
 En mi niñez :
 ¡ Consuélame en los días
 De mi vejez !

¡Sí, consuelo del proscrito!
 ¡Oh, jamás aquí le faltes!
 ¡Ay! ¡de cuanto el triste llora,
 Si es posible veces hazle!
 Patria, amigos, madre, hermanos,
 Tiernos hijos, dulce amante;
 ¡Cuanto amé, cuanto me amaba
 Vas tú sola á recordarme!
 ¡Nunca, nunca, pues, me dejes,
 Sígueme á las soledades!
 ¡No abandones al proscrito
 Sin que al fin su tumba excaves!
 ¡Por el mango hundida en tierra
 Tu hoja se alzaré en los aires,
 De los picos de los buitres
 Defendiendo mi cadáver!
 ¡Ay! tú me entretenías
 En mi niñez:
 ¡Sepúltame en los días
 De mi vejez!



EL POBRE

¡ El pobre ! Al pobre menosprecia el mundo :
 El pobre vive mendigando el pan ;
 Falsa piedad ó ceño furibundo,
 Cual un favor le dan.

La gloria al pobre le deniega un nombre,
 El poder le deniega su esplendor,
 La noche el sueño, su amistad el hombre,
 La mujer el amor.

¡ Oh, verdes bosques, círculo del polo !
 ¡ Montes, desiertos donde el rico va !
 ¡ Mar insondable, eterno, inmenso y solo !
 ¡ El pobre no os verá !

¡ Ah ! en los ojos del pobre brota el lloro,
 Y no enternece un solo corazón ;
 Que las lágrimas sólo en copa de oro
 Merecen compasión.

¡ Vedlo ! su pie la tierra triste pisa ;
 Todo en él nos revela el padecer :
 Ojos sin luz, y labios sin sonrisa,
 Y vida sin placer.

Y empero el pobre tiene una esperanza
Que vale más que el mundo y mundos dos ;
¡ Inmenso bien que el oro vil no alcanza !
¡ El pobre tiene á Dios !



HECTOR

Al sol naciente los lejanos muros
De la divina Troya resplandecen ;
Los griegos á los númenes ofrecen
Sobre las aras sacrificios puros.

Ábrese el circo ; ya sobre los duros
Ejes los carros vuelan, desaparecen ;
Y al estrépito ronco se estremecen
De la tierra los quicios mal seguros.

Al vencedor el premio merecido
Otorga Aquiles : el Olimpo suena
Con el eco de triunfo conmovido.

¡ Y Héctor, Héctor, la faz de polvo llena
En brazos de la muerte adormecido,
Yace olvidado en la sangrienta arena !

